



Osmany no solo fue el promotor, sino también el alma y guía de los seis trabajadores del taller.

Los reyes del guaniquiqui

Transformar el bejuco en muebles u otros objetos, distingue a los integrantes del taller de artesanía de La Aurora. El vínculo con los habitantes de esta comunidad espiritana resulta cada vez más imprescindible

Texto y foto: Xiomara Alsina Martínez

En plena madrugada tres jóvenes baracoenses que laboran como artesanos en el taller El Guaniquí, de la comunidad espiritana de La Aurora, salen a desafiar el monte. Su propósito: encontrar bejuco que crecen como plantas parásitas en los árboles o en cualquier vegetación próxima a los ríos y cañadas. Al frente va Osmany Idalberto Lorenzo Rodríguez, a quien ellos llaman jefe, pero que en realidad es el promotor, el alma y guía de esta tropa.

A pesar de las habilidades adquiridas, la tarea es compleja, pues no todos los bejuco tienen utilidad y ellos deben saber identificarlos según su tamaño, textura o color, para luego cortarlos y clasificarlos. “En ocasiones caminamos con la carga al hombro por dentro de un río, antes de salir a tierra y poder trasladarla hasta el taller, donde comienza el proceso de preparación”, asegura uno de los jóvenes.

Esa es la razón por la que Osmany, el artesano devenido licenciado en Derecho y trabajador por cuenta propia, refiere que el arte comienza en el monte, con esa recolección detallada de la materia prima destinada a sus confecciones.

El guaniquiqui, tal y como lo nombraron los aborígenes —aunque el guajiro criollo le llama bejuco de canasta—, es un recurso natural de mucho uso desde nuestros antepasados, esos que aprendieron a utilizarlo para fabricar cestas destinadas a la recogida de frutas, viandas, granos y huevos o en la confección de anaqueles.

EL DESPERTAR DE UN SUEÑO

“Este proyecto lo iniciamos mi difunta esposa y yo hace más de 26 años —aclara Osmany— y fue en el portal de una casa de la calle Primero de Mayo, en Taguasco. Allí procesábamos la fibra para la cestería que nos solicitaban algunas personas y entidades, actividad que hacíamos en los ratos libres.

“Cuando era apenas un niño ya me interesaba por el trabajo con la fibra, me apoyaba en las enseñanzas de un tío que venía de Villa Clara hasta mi casa, en la finca Pozo Azul, de Taguasco, para tejer canastas por encargos de los campesinos”, argumenta.

Pero fue en La Aurora, donde desde hace más de seis años vive, que comenzó a hacer realidad aquel sueño de ampliar las producciones para convertir el sitio en un taller artístico, atendiendo a la demanda de los surtidos y a la posición geográfica de la vivienda, situada en el kilómetro 378 de la Carretera Central.

Solo que la partida física de la esposa le impuso nuevos retos a la familia, a fin de levantar los ánimos y poder seguir con la idea del emprendimiento. “En eso fue determinante la actitud de mis hijos que me esti-

mularon para continuar con este proyecto, por lo que retomamos la artesanía utilitaria como un verdadero negocio, ya que hasta ese momento solo comercializábamos algunos productos que se hacían por inspiración”, revela Osmany.

EL ARTE TAMBIÉN SE APRENDE

Convencido están los seis integrantes de El Guaniquí de que a la vuelta de unos años el proyecto se convirtió en un taller artístico, que brinda a las personas de la comunidad la posibilidad de aprender y, sin ser especialistas en la materia, desempeñarse en varios de los procesos relacionados con la preparación de la fibra. Incluso, cuando existen picos de producción en tejidos, se convoca a los vecinos para que de manera provisional se sumen a estas labores y se les remunera por ello.

Bien lo sabe la trilogía de jóvenes descendientes de la familia Legrá, de Baracoa, en Guantánamo, que llegaron en busca de empleo y hasta hoy permanecen activos desandando el camino del arte a partir del uso del guaniquiqui, un oficio que dominan y disfrutan, según sus propias palabras.

“Nadie nace sabiendo, pero cuando uno se propone algo y pone de su parte, lo logra —confiesa Daniesky, quien lleva ocho años residiendo en La Aurora—. Nunca pensé que me convertiría en artesano del mimbre, labor que en mi tierra no se hace, pero poco a poco he conocido lo relacionado con esta labor”.

En cambio, Daniel, su hermano, es capaz de escoger entre muchos los artículos hechos por él, y Moisés, que llegó a Sancti Spiritus por situaciones de la vida, agradece a los primos la oportunidad de formarse junto a ellos.

Para Yunia Borroto, una de las beneficiadas con la creación de empleos en esta comunidad, la apertura del taller le permitió estrechar lazos con personas que llegan de cualquier parte de Cuba y el mundo atraídos por los objetos artesanales que allí se venden.

“La idea de exponer esta artesanía utilitaria y la calidad con que se trabaja atrae a los clientes. Aquí tenemos variedades de cestos, muebles, carteras, canastas, escobas, cepillos, mazos de bejuco para la reparación de objetos, sogas..., más de 70 surtidos conforman nuestro catálogo, y cuando no hay compradores, me pongo a tejer la fibra o dar barniz a las piezas, porque es algo que puedo hacer con facilidad”.

Igualmente significativo ha sido el papel de Marislenis Hernández Matienzo, la administradora, que aprendió a sacar mejor las cuentas y a combinar las labores del hogar con la de controlar los recursos, recibir la producción, guardar las herramientas y cerrar las áreas de labor. “Gracias a las enseñanzas de Osmany, que me tomó de la mano y me guio, ahora organizamos el día a día en este taller”.

Otro galardón para Ariel Fonseca

El joven escritor espiritano suma a su currículum el Premio Nacional Emilio Ballagas 2023

Lisandra Gómez Guerra

Los recuerdos se convierten en el mejor sostén ante la pérdida del ser querido. Llegan al papel en blanco como tablas de salvación por el dolor, la tristeza, la angustia. Se convierten en los mejores espejos de las esencias de los seres humanos.

Sucede así con el más reciente alegrón del escritor espiritano Ariel Fonseca Rivero. Su novela *Yo maté a mi madre* sedujo al jurado del XXIX Premio Nacional Emilio Ballagas.

“Un joven pierde a su madre y, a través de la añoranza, busca desesperadamente algo a lo que aferrarse —manifiesta Ariel—. Lo único que le quedan son recuerdos, algunos reales, otros inventados, con los que pretende no olvidarla”.

Pasajes pequeños y rápidos, que rozan con la poesía, convocan a la lectura de esta nueva propuesta literaria. Ariel Fonseca vuelve a demostrar que domina las técnicas literarias.

“Los ideé así para que el lector acoja de manera independiente cada capítulo porque, aunque el pretexto sean la madre y la añoranza, cada fragmento puede leerse por separado, disfrutarse y entenderse de igual manera”.

El galardón de *Yo maté a mi madre* garantiza su publicación por la Editorial Ácana, de Camagüey.

“El título parte de la incertidumbre que queda cuando alguien muy cercano e importante muere, como es la madre. También de las interrogantes que se llegan y te atormentan

todo el tiempo en torno a si se hizo lo correcto o no, qué pudo mejorarse, de cuáles cosas te arrepientes; un poco la culpa de las cosas que no quedaron bien en la relación madre-hijo.

“También se deriva de la famosa frase: hijo, me matarás del disgusto. Una madre a veces no puede entender por qué nosotros no hacemos lo que ellas quieren. Todo eso envuelve ese título. Y creo que es muy bueno, porque es el adecuado para mi texto”.

De acuerdo con este joven, concursar en el Premio Nacional Emilio Ballagas 2023 fue todo un reto y una aspiración personal, tras merecer el pasado año primera mención del certamen por un libro de cuentos.

“Después de mucho empeño decidí continuar con un proyecto que tenía. De alguna manera colapsó en mi interior lo que me martirizaba y salió convertido en literatura. Realmente estoy muy complacido con el libro; más allá de alzarse con el premio, el texto me gusta”.

Suman ya unos cuantos premios en el currículum. ¿Destino y casualidad?

“No, en lo absoluto. He tenido un poco de suerte en algunos concursos. Soy de concursar mucho. Ojalá ganara todos. Pero sí creo que *Yo maté a mi madre* estaba destinado a ganar este certamen. El que floreciera esta historia justo ahora, el que terminara el libro un día antes y el que me tocara este jurado, porque el jurado tiene culpa de que ganes o pierdas, son signos de que el lugar de esta novela era en el Emilio Ballagas, y no otro”.



Ariel Fonseca Rivero suma varios reconocimientos. Foto: Cortesía del entrevistado.